LA FRUTA ENCANTADA

10 CTVS.

COLECCION MARUJITA Nº 73

La fruta encantada

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de publicación en español y a la presente traducción

Copyright, 1940, by, EDITORIAL MOLINO

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO
Migueletes 1023 - Buenos Aires - (Argentina)
15 de agosto de 1943 — PRINTED IN ARGENTINA

LA FRUTA ENCANTADA

Una vez, Polín y Polón, dos gnomos muy curiosos, miraron a través de una ventana de la parte posterior del palacio del Rey del País de las Hadas.

Era la ventana de la cocina y, dentro, el famoso cocinero del Rey, señor Guisabién, estaba preparando muy buenas cosas para la Navidad, como pasteles de carne, sorbetes, crema, pasteles de chocolate y otras cosas por el estilo. De pronto, el cocinero miró el reloj y exclamó:

—¡Dios mío, las siete ya! No me queda tiempo para acabar mi tarea. Tendré que hacer uso de mis madroños encantados.

—¿Qué querrá decir?—se preguntaron los dos gnomos, más interesados que nunca.

Maese Guisabién tomó un saco amarillo de la alacena y lo sacudió para hacer salir algunos madroños. Escogió uno y guardó los demás. Luego tomó el madroño que había separado y sopló tres veces sobre él. Lo puso en un plato blanco y tomando con la mano izquierda una cuchara de madera, cantó:

Madroño encantado, trabaja por mí;
haz buenos pasteles, me fío de ti.

Polín y Polón miraban muy excitados. ¿Qué ocurriría? Vieron que del madroño salía una columnita de humo azul y, de repente, la fruta se desvaneció, dejando en su lugar un hermoso pastel de crema, cubierto de caramelo, y de forma semejante a un madroño enorme.

LOS PASTELES APARECIAN DE UN MODO MAGICO

Los dos gnomos tenían los ojos desorbitados por la curiosidad, mas antes de que pudieran pronunciar una palabra, Maese Guisabién retiró el pastel y debajo de él apareció otra vez el madroño.

Madroño encantado, trabaja por mí;
haz buenos pasteles, me fío de ti.

repitió el cocinero y, de nuevo, desapareció el madroño, surgiendo en su lugar otro magnífico pastel.

El caso se repitió por tercera y cuarta vez, y los gnomos no se cansaban de contemplar aquel espectáculo.

En cuanto el cocinero tuvo doce pasteles, tomó el madroño y lo volvió a meter en el saco. Mas al abrir el cuello de éste se escaparon los demás madroños, yendo a caer al suelo, donde empezaron a rodar en tanto que el cocinero comenzaba a buscarlos. Se puso de rodillas y los recogió uno a uno y en cuanto se figuró que ya los tenía todos, ató nuevamente la boca del saco y lo metió en la alacena.

—Veo que se ha dejado un madroño—dijo Polín a su compañero.—¿No ves ese taburete, Polón? Está junto a una de sus patas.

—Ya lo veo—contestó Polón.—Se lo diremos a Maese Guisabién.

Pero en aquel momento Guisabién oyó hablar a los dos duendecillos. Muy enojado, se dirigió a la ventana y Polín y Polón empezaron a chillar, muy asustados, al ver que los cogía por el cuello de la ropa. Luego los metió en la cocina y les dió una buena zurra.

—¿Qué hacéis junto a mi cocina?—les decía.—¡Entrometidos, chismosos! En castigo vais a barrerme la cocina.

Les dió una escoba a cada uno y les obligó a trabajar. La cocina estaba muy sucia y el suelo lleno de basura. Los gnomos, aunque asustados, decidieron vengarse del cocinero.

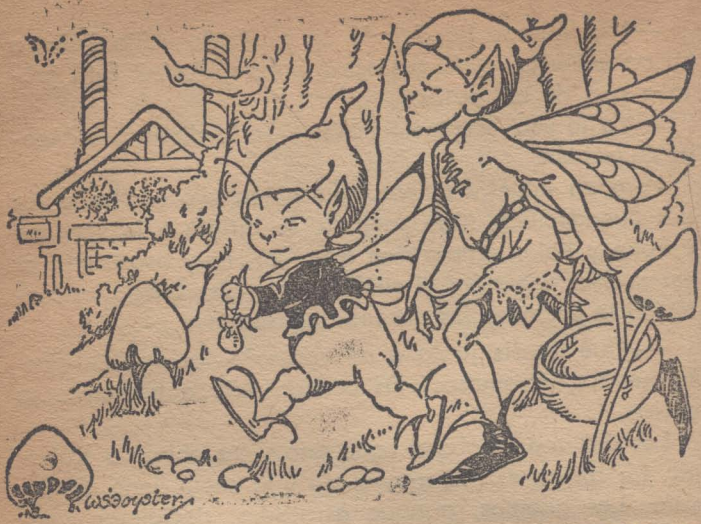
Polín, al hallarse junto al taburete, se acordó del madroño. Se inclinó rápidamente para cogerlo. Pudo guardárselo en el bolsillo, sin que lo viese el cocinero, y luego sonrió a Polón, que había observado su maniobra.

En cuanto hubieron terminado su trabajo, el cocinero les dió un pescozón a cada uno y los despidió, haciéndolos pasar a través de la ventana abierta.

—¡Es un animal!—observó Polón.—Pero he podido quedarme con uno de sus madroños encantados. Ganaremos mucho dinero con él.

—Sí, haremos pasteles y los venderemos—dijo Polón, rascándose la oreja que aun le dolía.

En breve los dos gnomos comunicaron a sus amigos que les venderían pasteles muy baratos, siempre y cuando acudiesen a sus casas, provistos de un cestito y del dinero.



TODOS IBAN PROVISTOS DE CESTOS Y DE DINERO

—Haremos los pasteles el sábado, antes de Navidad —dijo Polín.—Si queréis, venid a verlo.

Todos decidieron aceptar la invitación, para ver lo que ocurría. Los futuros compradores atravesaron el bosque, provistos de un cestito y el dinero, deseosos de llegar a tiempo. Había allí duendecillos, gnomos, hadas y elfos, así como también conejos, topos y buhos. Por el camino charlaban con la mayor animación, porque todos estaban extrañados de que, en una sola mañana, Polín y Polón pudiesen hacer pasteles para tantos compradores.

Una vez hubieron llegado a la casita, los dos gnomos los llevaron a su pequeña sala, recomendándoles que se sentasen alrededor de la mesa.

—Pero, ¿no hacéis los pasteles en la cocina?—pre-

POLIN PUSO EL MADROÑO EN UN PLATO

guntó una hada, muy extrañada.—Esa es la costumbre general.

—Nosotros lo hacemos mucho mejor. Tenemos un sistema más moderno. Cuando hayan llegado todos, lo veréis.

Así, cuando todos estuvieron en la sala y en torno de la mesa, y esperando, Polón tomó un plato, lo dejó sobre el mueble y luego su compañero puso el madroño rojo en el plato, después de haber soplado tres veces sobre él

Madroño encantado, trabaja por mí;
haz buenos pasteles, me fío de ti.

Todos los presentes observaban con la mayor curiosidad y cuando desapareció el madroño, hubo un sobresalto, seguido por un grito de admiración, así que apareció un enorme pastel en figura de madroño.

También se asombraron los dos gnomos, porque aquel pastel era mucho mayor que los hechos por Maese Guisabién. Casi tenía el tamaño de Polín.

—Es raro—observó éste a su compañero.—Este pastel es mucho mayor.

APARECIÓ UN PASTEL ENORME

—Será porque el madroño es distinto—le contestó Polón en voz baja.—Supongo que cada uno de los madroños de aquel saco hace los pasteles de tamaños diferentes. Pero no te apures, Polín. Lo cortaremos para venderlo a rajas, y no entero.

Mas antes de que pudiesen hacer cosa alguna, el pastel saltó del plato, en el cual reapareció el madroño, que, en aquel momento, despedía una columnita de humo.

—¡Oh, va a hacer otro pastel!—exclamó Polín.

En efecto, se oyó el chasquido y apareció el segundo pastel.

—Solamente hay sitio para dos pasteles en la mesa —gimió Polín.—¿Qué ocurrirá cuando aparezca el tercero?

—¡Oh!—exclamaron todos, al ver que el segundo pastel saltaba del plato y les caía encima.

Allí hubo una confusión espantosa. Todos gritaban, se empujaban y luchaban, porque el pastel estaba ardiendo y les había caído encima. Cuando pudieron li-

brarse de aquella tortura, vieron que en el plato aparecía un tercer pastel.

—¡Oh, va a saltar de nuevo sobre nosotros!—exclamaron todos.

Echaron a correr hacia la puerta y pudieron llegar con la mayor oportunidad, porque el tercer pastel saltó del plato y fué a situarse en el umbral.

Polín y Polón fueron los únicos en quedarse en la casa y se echaron a llorar al ver que no podían salir, por impedírselo el pastel. Y fué mayor su desesperación, al ver que en el plato aparecía el cuarto pastel.

¡Plop! Cayó encima de ellos y los enterró en su masa ardiente. Ambos lucharon con toda su alma, muy asustados y sin saber lo que sucedía.

—¡Polín, salgamos por la ventana, antes de que también quede interceptada!

Así los dos gnomos lucharon por abrir la ventana y saltaron por ella en el preciso momento en que el quinto pastel se elevaba sobre el plato e iba a caer al suelo y al pie de la ventana.

—¡Dios mío! ¿Qué haremos?—sollozó Polín.

—Mira, por ahí va la señora Escoba—observó Polón.—Vamos a rogarle que nos ayude.

Polín echó a correr hacia ella y le refirió el terrible apuro en que se hallaba, suplicándole, además, que le ayudase.

—Ante todo, habrás de darme el dinero que tienes en la alcancía—dijo la señora Escoba.—Luego te ayudaré.

Polín se dirigió a la puerta trasera de su casita, temblando de miedo ante la posibilidad de encontrar más pasteles en la sala, que estaba inmediata a la cocina. Penetró en esta última, se dirigió a la chimenea y tomó

POLÍN ACUDIÓ A LA SEÑORA ESCOBA

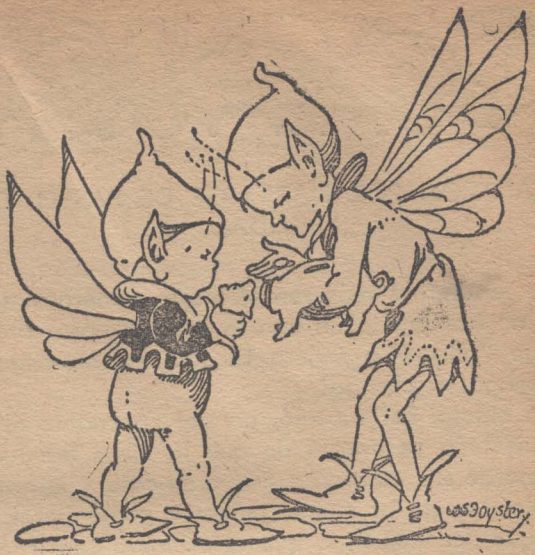
su alcancía. Luego él y Polón la abrieron y sacaron todo el dinero que contenía.

—Es muy triste—observó Polón, secándose los ojos. —Ahora, precisamente, íbamos a comprar muy lindas cosas, para Navidad, y nos vemos obligados a regalar todo este dinero.

Lo dió a la señora Escoba, quien, a su vez, se lo metió en el bolsillo. Luego llamó a su gato negro y le dijo algo al oído. En un abrir y cerrar de ojos el gato entró en la casa por la ventana de la sala y se dirigió a la mesa, en donde estaba el madroño, dispuesto a hacer otro pastel. Lo agarró con los dientes y saltó de nuevo al exterior.

La vieja tomó, a su vez, el madroño y lo guardó en el bolsillo. Hecho esto, se volvió a los dos gnomos, sonriendo con malignidad.

—No sé cómo os habéis apoderado de este madroño —dijo,—pero con seguridad no fué honradamente, de modo que ya estáis castigados. Ahora tengo vuestro di-



VACIARON SU ALCANCIA

nero y el madroño que nunca quiso darme Maese Gulsabién.

—Pero, ¿no va usted a llevarse todos los pasteles?—preguntó Polín.

—No—contestó la señora Escoba, alejándose con su gato montado en un hombro.—Ocupaos vosotros en sacarlos.

—¿Cómo?—preguntaron los gnomos.

—¡Coméoslos!—contestó ella riéndose.

Los dos gnomos penetraron en la casa por la puerta trasera y tras de grandes esfuerzos consiguieron llegar a la sala, que estaba llena de pasteles. Luego empezaron a trabajar, cortando los pasteles y dejando las rajas en todos los platos que había en la casa.

ACABARON POR HARTARSE DE PASTEL DE NAVIDAD

—No tendremos más remedio que comérnoslos, porque ya no nos queda un cuarto para comprar provisiones—dijo Polín.—La señora Escoba nos ha engañado. ¡Ojalá tenga su castigo!

Y, en efecto, así sucedió, porque en cuanto el cocinero Guisabién se enteró de que la vieja tenía en su poder uno de sus madroños, fué a su casa y le armó un escándalo. Luego los dos se pelearon como fieras y¿sabéis lo que ocurrió? Pues que el cocinero convirtió a la vieja en un grajo y ella, por su parte, lo transformó en una urraca, de modo que los dos aun siguen peleándose cada vez que se encuentran.

HUEVOS FRESCOS

Guillermo y Juanita tenían cada uno seis gallinas y estaban autorizados para vender los huevos y quedarse con el dinero, después de haber pagado el trigo que aquéllas se comían.

Desde luego tenían muchas cosas en que gastar el dinero, como, por ejemplo, un tiesto de flores para el santo de su mamá, un estante para las pipas de papá, juguetes para cada uno de ellos, un acerico para la cocinera y un collar para Pituso en cuanto llegase su cumpleaños.

Un día llegó un gran circo al pueblo en que vivían los dos niños. Éstos se entusiasmaron al saberlo y más cuando vieron los carteles en que estaban dibujados los payasos, elefantes, leones, caballos, bailarines y toda suerte de cosas maravillosas.

—Deberíamos ir, Juanita—observó el niño. — Por ahora no está cercano el día del santo de nadie, de modo que tal vez podremos ganar bastante dinero con los huevos y comprar las entradas.

—Sí, iremos—contestó la niña.—Todas mis gallinas están poniendo, a excepción de la Blanca, y las tuyas hacen lo mismo, exceptuando la Morena. Pronto tendremos bastante dinero para ir al circo.

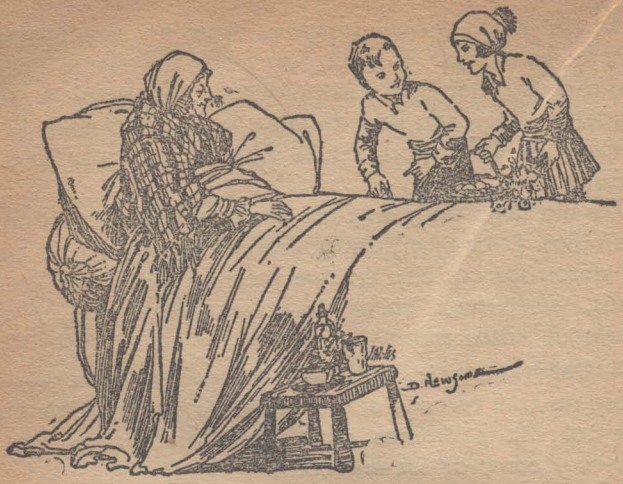
Aquella noche los dos niños oyeron que su mamá hablaba con su padre y se acercaron a escuchar lo que decía.

—¿Te acuerdas de la anciana señora Moreno, que venía a lavar la ropa?—decía su mamá.—Pues bien, está muy enferma y el médico asegura que no podrá levantarse más.

—¡Cuánto lo siento!—dijo su padre.—¿Os acordáis de ella, niños?

—¡Oh, sí!—contestó Guillermo.—Nos traía flores y nos contaba cuentos.

—El médico dice que debe tomar buenos alimentos—añadió mamá.—Especialmente huevos, mantequilla y un litro de leche cada día, pero como es tan pobre, no sabe



—LE HEMOS TRAIDO ALGUNOS HUEVOS—DIJO JUANITA

qué hacer. ¿No podríais llevarle vosotros un cesto de huevos? Yo le enviaré mantequilla y bizcochos.

—¡Oh, mamá! Precisamente ahora estábamos ahorrando, para ir al circo—contestó Guillermo.—¿No podríamos esperar hasta haber asistido a una representación?

—La pobrecilla necesita los huevos **ahora**—le contestó su mamá.—Pero en fin, haced lo que tengáis por conveniente.

Los dos niños se alejaron en dirección a su gallinero.

—No es posible hacer esperar a la pobre señora Moreno—observó Guillermo.—Sería una vergüenza.

—Tienes razón—le contestó la niña.—Además, hemos de recordar que la señora Moreno ha sido siempre muy buena con nosotros.

LA FUNCIÓN FUÉ MARAVILLOSA

—Bueno, ¿decidimos no ir al circo? — preguntó el niño.

—Desde luego—le contestó su hermana.—Es preciso llevar los huevos a esa pobre mujer.

Resueltos ya acerca del particular, fueron a comunicarlo a su mamá, que los felicitó y les dió un beso. La niña fué en busca de los cestos y tomó unas flores del jardín. Luego recogieron los huevos del gallinero y se dirigieron a casa de la señora Moreno.

La encontraron en la cama y muy satisfecha al verlos. Y cuando ellos le dieron las flores, la mantequilla y los bizcochos, profirió exclamaciones de júbilo. Pero en cuanto observó que los niños le regalaban, además, todos los huevos de sus gallinas, apenas supo cómo darles las gracias.

Disponíanse los niños a marcharse y la anciana se lamentaba de que no podría corresponder a la bondad de sus amiguitos, cuando, de pronto, los contuvo con un ademán, preguntándoles:

—¿Os gustaría ir al circo?

—¿Al circo?—replicaron los niños.—Sí, pero no tenemos dinero.

—Yo tampoco, pero uno de mis hijos trabaja allí. Es uno de los payasos y si le escribo una cartita, os dejará pasar sin pagar.

En efecto, tomó un vade, un pedacito de papel y un lápiz, y escribió rápidamente unas palabras. Metió el papel en el sobre y lo entregó a Guillermo, dándole instrucciones para que lo hiciese llegar a manos del señor José Moreno, payaso del circo.

Los dos niños le dieron las gracias y regresaron a su casa para contárselo a su mamá. Ésta se manifestó conforme y les dió permiso para ir al circo.

Aquella tarde los dos niños se encaminaron donde estaban instaladas las tiendas del circo y como vieran a un hombre, muy gordo, ante la puerta de una de ellas, le preguntaron si podía llamar al señor Moreno, pues habían de entregarle una carta.

Poco tardaron en verse en presencia de un verdadero payaso, que llevaba la nariz postiza y un gorro cónico. Tomó la carta y la leyó. Luego se volvió a los dos niños, sonriendo, y les preguntó:

—¿De modo que habéis regalado a mi madre todos los huevos de vuestro gallinero? Sois unos buenos niños. Y para recompensaros, asistiréis a la función de esta tarde.

Guillermo y Juanita lo siguieron y él los condujo a la tienda mayor de todas, donde se había congregado numeroso público, en espera de que empezase la representación. El payaso los hizo sentar en la primera fila de butacas y después de desearles que se divirtiesen mucho, se despidió de ellos.

¡Cuánto gozaron los niños con el espectáculo! ¡Cómo se rieron de los chistes de los payasos y cómo aplaudieron las habilidades de los perros y los caballos! ¡Qué impresión les causaron los leones! La representación fué magnífica. El payaso Moreno estuvo graciosísimo y les hizo reír hasta saltárseles las lágrimas.

—Si hubiésemos vendido los huevos, no habríamos podido conseguir tan buenos asientos. ¿No estás contento de lo que hicimos, Guillermo?

—¡Ya lo creo!—contestó el niño, convencido.

SANTA CLAUS SALVADOR

¿Estáis enterados de que todos los años, por Navidad, Santa Claus manda uno de sus trineos a la Tierra, para coger siete niños, a fin de que visiten el País de los Juguetes? Pues eso es lo que hace.

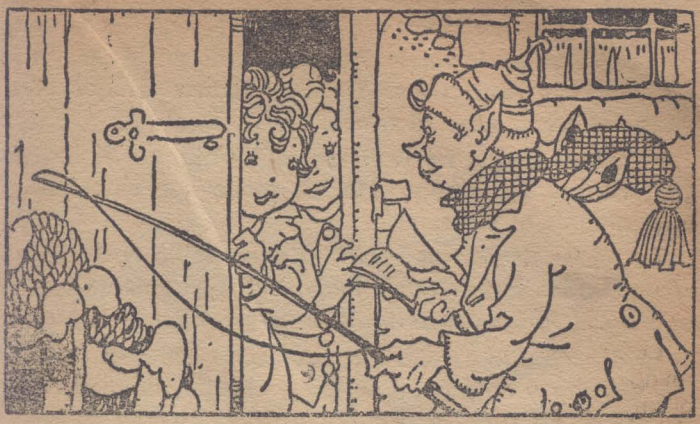
Un elfo guía el trineo. El conductor es distinto todos los años y tiene la obligación de llamar a las puertas de las casas en que viven niños, para llevarlos a dar aquel paseo. Sus llamadas solamente las oyen los niños, nunca los mayores, y en cuanto llega el elfo todos los niños, sin que se lo diga nadie, saben que Santa Claus ha ordenado que los fuesen a recoger.

Cierto año, el elfo nombrado para aquel menester, no pudo ir. Estaba muy resfriado. No cesaba de estornudar y Santa Claus le recomendó que se quedara en cama. Pero quedaba por averiguar quién lo reemplazaría.

—Déjame ir a mí—rogó un duendecillo, que tenía la nariz y las orejas terminadas en punta.—Nunca he estado en la tierra y me gustaría encargarme de este trabajo.

—Bien, si te dejo ir, habrás de tener mucho cuidado —le contestó Santa Claus, que no estaba seguro de que el duendecillo fuese capaz de realizar bien su cometido.—Si les ocurriese algo desagradable a los niños, nunca me lo perdonaría. ¿Qué harías tú en tal caso?

—Para eso—contestó el duendecillo—me llevaré mi canario en el bolsillo y si ocurre algo desagradable,



EL DUENDECILLO CONOCIA EL DOMICILIO DE CADA NIÑO

lo soltaré para que venga a decírtelo. Pero no tengas miedo, maestro, seré muy prudente.

Santa Claus no quedó muy convencido, pero, por otra parte, no disponía de nadie más. También había enviado un sueño a cada uno de los niños, a fin de avisarles para que estuviesen preparados.

La víspera de Navidad el duendecillo tomó el trineo de Santa Claus y, muy alegre, se dirigió a nuestro mundo, en tanto que resonaban las campanillas de los renos. Estaba ya enterado del lugar en que vivía cada uno de los niños y cantaba, muy satisfecho, durante el viaje.

Los niños escogidos eran todos pobres y sus padres, aquel año, no podían ofrecerles ningún juguete. Además, eran muy buenos, porque de lo contrario, Santa Claus no los habría invitado. Y en cuanto oyeron la llamada a la puerta, saltaron presurosos de la cama, para abrirla.

Al hacerlo, podían ver al duendecillo sonriente que, con el látigo en la mano y un cuaderno en la otra, leía sus nombres respectivos. Y al cerciorarse de que eran ellos, los hacía subir al trineo.

A pesar de que no llevaban más traje que el de noche, no por eso tenían frío, de modo que emprendían muy alegres el viaje.

La noche de que os hablo, el duendecillo no tardó en recoger a los siete niños y luego tocó ligeramente con la punta del látigo los renos que arrastraban el vehículo.

El duendecillo estaba tan satisfecho como los pequeños viajeros y no paraba de reír y charlar, de modo que, en breve, no supo lo que hacía. Varias veces estuvo a punto de meterse en la cuneta o de chocar contra un seto, de tal manera, que un niño le llamó su atención acerca de su falta de cuidado.

—No hay nada que temer—le contestó el duendecillo.—Soy muy buen conductor. De lo contrario, Santa Claus no me habría encargado de realizar este trabajo.

Ya sabemos que eso no era cierto y que el duendecillo se envanecía más de la cuenta.

Los renos arrastraban el trineo por un camino sinuoso, cuando se acercó a ellos nada menos que una bruja. Montaba un conejo negro, y al ver el trineo, gritó al duendecillo.

—¡Ten cuidado, me vas a atropellar! ¡Mira por dónde vas!

Pero el duendecillo estaba tan distraído, que ni siquiera vió ni oyó a la bruja y, como podía temerse, se dirigió a ella en línea recta y derribó al conejo y a la vieja, que empezaron a rodar por la nieve. Luego el

SUBIERON TODOS AL TRINEO

animal huyó y la bruja se puso en pie con una pierna lastimada.

—¡Párate, idiota!—gritó.

El duendecillo obedeció, mirando a su alrededor, y, al ver lo ocurrido, se asustó. Pero en vez de disculparse, azotó a los renos, que partieron al galope.

Tal conducta encolerizó a la bruja. Echó a correr tras el trineo, pronunciando una sarta de palabras mágicas, de modo que el duendecillo notó, aterrorizado, que el trineo disminuía lentamente su marcha, a pesar de los esfuerzos de los renos.

En cuanto se hubo parado, sucedió algo muy raro. Empezó a correr hacia atrás, arrastrando los renos, porque la vieja había pronunciado un conjuro mágico. Y a pesar del miedo de los animales de tiro, tanto ellos como el trineo retrocedieron hasta el lugar en que se hallaba la bruja.

—¿De modo que me atropelláis y ni siquiera sois capaces de darme una disculpa? Pues bien, os hago a todos prisioneros y os encerraré en mi castillo aéreo, hasta que tengáis mejores modales.

Algunos niños quisieron darle a entender que ellos no tenían ninguna culpa, pero la bruja, enojada, no quiso oírlos.

Dió una orden a los renos, subió a su vez, al trineo y tomó las riendas. Un momento después los animales galopaban furiosamente a campo traviesa y no disminuyeron la marcha hasta llegar ante una montaña enorme. Luego, jadeando y resoplando, empezaron a subir por una senda y al llegar a la cima todos pudieron ver un castillo resplandeciente, que reflejaba la luz de la luna.

El trineo atravesó las grandes puertas del castillo y se

—¡ALTO!—GRITÓ

detuvo en una sala grandísima. Se apeó la bruja y dió dos palmadas. En el acto aparecieron varios geniecillos y ellas les ordenó que encerrasen a los niños en una torre.

—¡Tened cuidado con lo que hacéis!—le dijo casi llorando el duendecillo. — Yo llevaba a esos niños al País de los Juguetes y no sé lo que dirá Santa Claus cuando sepa lo ocurrido.

—¿Quién se lo dirá?—exclamó la bruja con acento burlón.—No creo que se lo digas tú.

—Pues, sí, señora—contestó el duendecillo.—Por más que me encerréis, me escaparé.

—Siendo así, encerrad a ese fanfarrón en el calabozo que no tiene puerta ni ventana—ordenó la bruja.

En efecto, poco después el duendecillo se vió encerrado en un calabozo que no tenía ventana y cuya puerta desapareció en cuanto él hubo entrado.

—¡Qué desgraciado soy!—sollozó.—¿Qué haré, pobre de mí? No puedo huir y esos niños estaban a mi cuidado. Y ni siquiera mi canario podrá volver al lado de Santa Claus, para pedirle socorro, porque no hay ninguna ventana por la que pueda pasar.

Por espacio de diez minutos permaneció sentado y lleno de desesperación, cuando, de pronto, se le ocurrió una idea. En el calabozo había una chimenea. Tal vez el canario podría escapar y llegar así al lado de Santa Claus.

En el acto sacó el aimalito del bolsillo y murmuró unas palabras junto a su oído.

Poco después el pajarito se alejó por la obscura chimenea, ensuciándose de hollín, pero no hizo caso de ello.

Una vez fuera de la chimenea, se dirigió en línea recta al País de los Juguetes y, poco después, llegó al palacio de Santa Claus y entró por una ventana.

Cayó exhausto a los pies del santo, quien se puso en pie de un salto, muy sorprendido. No reconoció al canario, que estaba negro de hollín, pero en cuanto el anima-

EL CASTILLO AÉREO DE LA BRUJA

lito dió un trino, comprendió que había sucedido algo desagradable al duendecillo y a los niños.

—Muéstrame el camino para ir al lugar en que se encuentran—dijo.

Y en el acto ordenó que le preparasen su mejor trineo, provisto del tiro de renos más rápido de cuantos tenía.

Montó en el vehículo y guiado por el canario, que avanzaba al vuelo, emprendió su rápido viaje a la luz de la luna.

Pronto llegaron a la vista del castillo de la bruja y Santa Claus frunció el ceño, pues adivinó lo ocurrido.

Se apeó y se dirigió a la puerta del castillo, a la que llamó con fuerza. La abrió un geniecillo y Santa Claus entró en el zaguán. Al verle, la bruja dió un aullido de temor y de sorpresa.

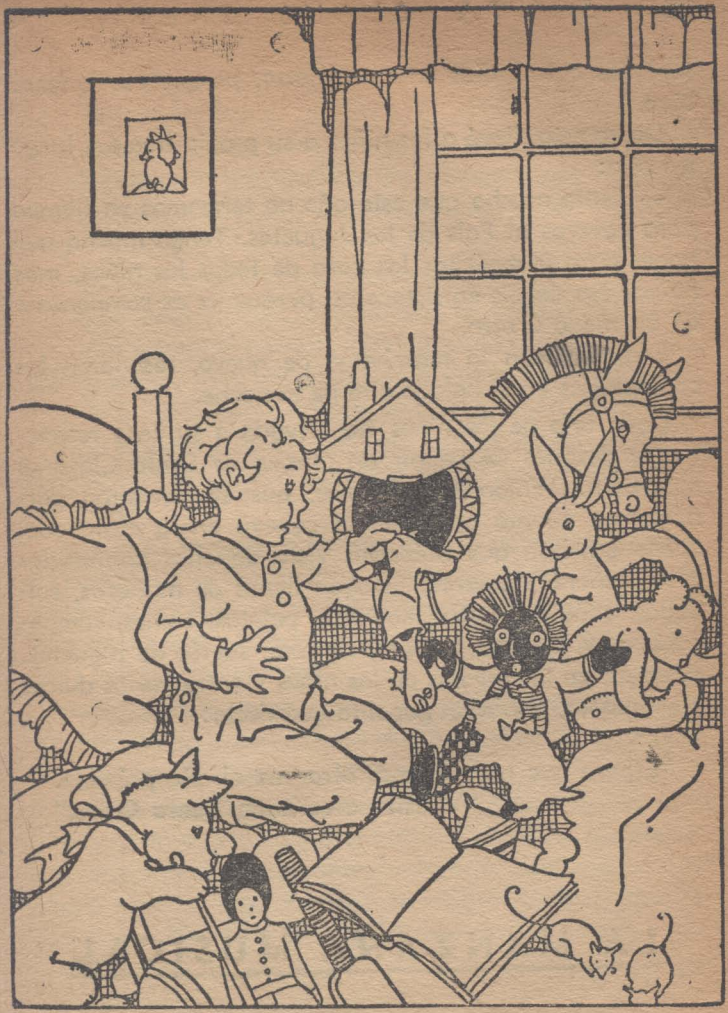
TODOS SE ARROJARON EN BRAZOS DE SANTA CLAUS

—¿Dónde están los niños?—preguntó Santa Claus.—Tráelos inmediatamente.

Los geniecillos se alejaron para cumplir aquella orden y, en breve aparecieron los niños, quienes, al ver a Santa Claus, lo rodearon, muy alegres, pues ya comprendían que no les amenazaba ningún peligro.

Santa Claus les ordenó que refiriesen lo sucedido y en cuanto ellos hubieron terminado el relato, el bondadoso santo pareció estar muy encolerizado.

—Los culpables son la bruja por haberos castigado sin merecerlo y el duendecillo por su descuido y su mala educación.—Se volvió a la bruja y en tono severo ordenó:—Da inmediatamente a cada uno de estos niños una de tus monedas de oro. Todos ellos son pobres, de modo que les serán muy útiles. Así aprenderás, también, a no castigar a los inocentes. En cuanto al duendecillo, lo de-



HABÍA JUGUETES POR TODAS PARTES

jaré dos o tres días en su encierro, porque eso le hará bien.

Dicho esto, llevó a los niños a su propio trineo y luego les dijo:

—Siento mucho que este año no tengamos ya tiempo para llevaros al País de los Juguetes. Tengo mucho que hacer para ir a visitar las casa de todos los niños, mas no por eso debéis entristeceros, porque ya os compensaré de un modo u otro.

Emprendieron la marcha y, de nuevo, resonaron las campanillas en el helado aire de la noche.

Cada uno de los niños fué llevado a su casa respectiva y después de recibir un abrazo de Santa Claus se acostaron. Tenían tanto sueño, que se quedaron dormidos en cuanto apoyaron la cabeza en la almohada.

Me gustaría que hubieseis visto aquellos dormitorios a la mañana siguiente. Estaban llenos de muñecas, soldados, caballos, libros, castillos, pelotas, trenes, rompecabezas y, en una palabra, de toda suerte de juguetes. Además, en las medias de los niños y entre varios dulces y bombones, había un papelito que decía:

"Espero que nos veremos otra vez el año próximo.
"Vuestro afectísimo, **Santa Claus.**"

LA MANZANA MUSICAL

Hubo una vez un duendecillo, llamado Pipo, curioso y entrometido por demás y también muy amigo de adquirir cosas sin pagar. Por otra parte, era muy listo y

nunca se dejaba coger. Sin embargo, un día le dieron una lección.

Sucedió que Pipo pasaba por delante de la casa de la tía Frutera y la vió ocupada en escoger unas hermosas manzanas. Se adelantó atrevidamente y se descubrió preguntando:

—¿Quiere usted darme una manzana?

—¡De ningún modo!—contestó la frutera.—¿No sabes que ninguna persona bien educada pide las cosas así? Además, eres un duendecillo malo. Ya he oído hablar de ti. Vete, Pipo, porque de mí no conseguirás nada.

Pipo frunció el ceño y dió una patada de rabia. ¿Cómo se atrevía la frutera a hablarle de tal modo? ¡Oh, ya se vengaría!

Volvió al camino, mientras ella lo observaba. Luego, en cuanto ya se vió a cierta distancia, el duendecillo regresó rápidamente a campo traviesa, hacia la parte trasera de la casa de aquella mujer, y avanzó acurrucado para que no pudiese verlo.

—Me meteré en su casa y le robaré la manzana mayor que encuentre—pensó.—Así la castigaré. Ni siquiera sospecha mi regreso.

Mas se engañaba, porque la tía Frutera lo vió venir y adivinó muy bien sus propósitos. Continuó, sin embargo, limpiando las manzanas, mientras canturreaba una alegre tonada. Pipo la vió y se alegró de ello, figurándose que a causa de la canción no oiría sus pasos.

—Esperaré a que limpie una manzana muy hermosa —pensó—y luego se la quitaré.

En aquel instante la frutera tomó una hermosa manzana, roja como una amapola y del tamaño de una pelota.

—¡Qué hermosa es!—murmuró.—La mayor de todas.

La limpió muy bien y luego la puso como remate de otras que llenaban un cesto. Hecho esto, se volvió de espalda a la puerta y se dirigió a la cocina, para poner la olla al fuego.

Aquella era la ocasión que esperaba Pipo. Entró, silencioso como un gato, se apoderó de la manzana y la metió en su bolsillo. Luego echó a correr como una liebre.

Se dirigió al mercado para comerse allí la manzana mientras se distraía observando los animales que estaban en venta.

Mas, cuando se metió la mano en el bolsillo para sacar la manzana, no la pudo extraer, porque estaba agarrada allí con la mayor firmeza. Y entonces sucedió algo espantoso. La manzana empezó a cantar. Como os lo digo. Tenía la voz muy aguda, de modo que todos podían oírla y cantaba así:

"Desconfiad de Pipo
porque es un tuno.
Malo, sinvergüenza
y muy mal bicho.
Por todas partes
anda siempre fisgando
y roba lo que puede
con malas artes."

Todo el mundo escuchaba aquella extraña canción, que salía del bolsillo de Pipo. Éste se sonrojó, para palidecer luego. ¡Cómo maldecía aquella manzana! Comprendía ya que la frutera la había encantado para castigarlo.

LA FRUTERA LIMPIABA LAS MANZANAS

De nuevo intentó sacarla del bolsillo, pero no pudo. En vista de eso, se fué corriendo a su casa y, al llegar, se desnudó y se puso un pijama. Después tomó el pantalón y cortó el bolsillo donde estaba la manzana.

Por fin logró extraer la fruta y con toda su fuerza la arrojó a lo lejos. Pero la manzana no se detuvo, sino que

continuó corriendo, sin dejar de cantar, divulgando las malas cualidades de Pipo. Éste la persiguió para destruirla, pero fué en vano que corriese, porque no logró su propósito.

Aquella noche volvió a su casa derrengado, triste y avergonzado. Después de reflexionar largo rato, comprendió que debía cambiar de conducta para conquistar el aprecio de todo el mundo.

Ignoro si lo hizo o no, pero no me sorprendería que lo hiciese.

En cuanto a la manzana, muchas personas la han oído cantar, pero aseguran que su voz no es la misma de antes, porque ha envejecido y está cansada.

HISTORIA Y LEYENDA

Como lo indica su título, en esta colección se publican los más famosos episodios históricos y leyendas célebres. Su lectura brindará a los pequeños la oportunidad de instruirse, deleitándose al mismo tiempo, por la forma en que las presentamos, bellamente ilustradas con numerosos dibujos en negro y dos láminas en colores.

PUBLICADAS

1—Juana de Arco.
2—Cristóbal Colón.
3—El rey Artuio.
4—San Pedro Apóstol.
5—Julio César.
6—Hernán Cortés.
7—San Pablo Apóstol.
8—Alejandro Magno.
9—Hércules.
10—Pizarro.
11—Marco Polo.
12—San Francisco de Asís.
13—Fernando V, el católico.
14—Isabel la católica.
15—Los Almagro.
16—Guillermo Tell.
17—San Ignacio de Loyola.
18—Gonzalo de Córdoba.
19—Amadis de Gaula.
20—San Antonio Abad.
21—Sigfrido.
22—El Cid campeador.
23—Magallanes y Elcano.
24—Alonso de Ojeda.
25—Augusto
26—Los Vikingos.
27—Santo Domingo de Guzmán.

PRECIO DE CADA TOMO: $ 1.30

Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas a:

EDITORIAL MOLINO

MIGUELETES 1023 BUENOS AIRES